

tos bienes». Es, en primer lugar, la afirmación de que todas las cosas fueron creadas por Dios Padre por medio de su Hijo, Verbo eterno y causa ejemplar. «Todo fué hecho por El, decía San Juan, y nada sin El se hizo.» En segundo lugar, declaramos que todas estas cosas, hechas por Dios, son buenas, aunque el libre albedrío del hombre pueda hacer mal uso de ellas. Y decimos que Dios sigue creándolas, porque todas cesarían de existir si El retirase la acción de su mano, porque su poder creador es el que sustenta a la naturaleza en el ser.

Muchas de estas cosas naturales eran bendecidas antiguamente, y algunas, como las uvas y las espigas, se bendicen todavía en este momento de la Misa. Otras, el pan y el vino, acaban de ser consagradas y transubstanciadas. Todas, aunque de una manera distinta, son santificadas y separadas de los usos profanos para santificar por ellas al pueblo de Dios; son vivificadas hasta el punto de convertirlas en elementos de vida y de acción sobrenatural, y son bendecidas con una bendición sublime, que pone en ellas la fecundidad más admirable. Y ahora el Señor nos las da generosamente, nos las da constantemente para el sostenimiento de nuestra vida terrena, y dentro de unos momentos nos dará ese pan y ese vino, que han sido transformados en el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Toda la creación está incluida en esta última fórmula de la gran plegaria. Dios ha destinado una bendición especial para el pan y el vino; pero su mirada propicia se ha derramado sobre la plenitud de los seres. La maldición que había caído sobre la tierra, por el pecado de nuestros primeros padres, fué retirada desde que Dios se encarnó y caminó sobre ella. Su presencia se hizo sentir de una manera bienhechora, y se hace sentir cada día, pues continúa presente en el altar, desde donde bendice la naturaleza entera, destinada al servicio de nuestra vida natural y de

nuestra vida sobrenatural, desde el agua, que brota de las entrañas de la roca, hasta el aeroplano, que se remonta sobre los aires, uniendo de una manera especial su poder a algunos elementos, como los símbolos litúrgicos, por medio de los cuales purifica, bendice, consuela, fortalece, consagra y santifica nuestras almas como el agua del Bautismo, el crisma de la Confirmación, el óleo de la Extremaunción, el fuego que arde en el altar, la cera, que fabrica la abeja virgen y que alimenta el fuego; el incienso, la ceniza, los árboles de los campos, los metales empleados en el sacrificio, el lino y la seda de las vestiduras sagradas.

DOXOLOGÍA FINAL.

Todo esto lo abarca la intención del sacerdote, mientras pronuncia esas palabras y se prepara para terminar la oración, elevando ligeramente la Hostia con el cáliz, para indicar la presencia universal de Cristo y su dominio bienhechor sobre el mundo. Es un símbolo de aquella exaltación, con la cual anunció el Señor que atraería hacia Sí todas las cosas, para libertarlas de la servidumbre de Satanás; es la elevación primitiva, hoy apenas perceptible, pero bien clara a los ojos del pueblo cuando el sacerdote decía la Misa mirando hacia él. Y en esa elevación está también contenida la gran idea de la doxología solemne que la acompaña. La Víctima se eleva, recogiendo, como un himno gigante, el homenaje de la creación entera a la gloria de su Hacedor. Podemos, por tanto, terminar con este grito ascendente: «Por El, con El y en El es a Ti todo honor y toda gloria»: por El, porque es nuestro Mediador y Sacerdote; con El, porque somos miembros de su Cuerpo místico; en El, porque el misterio de la Redención nos hace participar de su misma vida.